

Hay una forma de predicación que nos compete a todos como tarea cotidiana

lavozdegalicia.es

Sorprende que, dentro de este “pontificado electrizante”, según alguno, haya pasado casi en silencio un documento en el que se advierte cierto carácter programático, la [Evangelii Gaudium](#)

Francisco comprende que la Iglesia, como toda organización muy grande y con historia, corre el riesgo de la burocratización, de dedicarse a gestionar, a “controlar”, de alejarse de la creatividad necesaria para cumplir su misión. Y es consciente también de que el núcleo del mensaje, del que forma parte connatural la alegría, aparece ahora medio tapado: se conocen y discuten sus consecuencias morales, percibidas como anticuadas, pero se ignora el origen que las anima.

Lo advertía hace tiempo la teóloga alemana **Jutta Burggraf**: «Cuando hablamos de la fe, es importante ir a lo esencial: el gran amor de Dios hacia nosotros, la vida apasionante de Cristo, la actuación misteriosa del Espíritu en nuestra mente y en nuestro corazón...». Y eso hace el papa. «Tenemos que huir, decía Burggraf, de lo que hacen los que quieren quitar fuerza al cristianismo: reducen la fe a la moral, y la moral al sexto mandamiento».

De tal actitud defensiva y miope huye Francisco, con un lenguaje claro, animante, con propuestas aplicables de modo casi inmediato: «Hay una forma de predicación que nos compete a todos como tarea cotidiana. Se trata de llevar el Evangelio a las personas que cada uno trata». El sí al amor tiene consecuencias exigentes, de ahí que Francisco insista en la atención a los pobres y en la crítica al sistema: «La economía no puede recurrir a remedios que son un nuevo veneno, como pretender aumentar la rentabilidad reduciendo el mercado laboral y creando así nuevos excluidos».

Paco Sánchez